

plimiento de la Escritura exigía que lo hiciera patente: *ut adimpleretur Scriptura*. Así nosotros, ya sea que bebamos ó comamos, que reposemos ó nos ocupemos en nuestras faenas ordinarias, hagámoslo todo por servir á Dios, para su mayor gloria, por cumplir con su santísima voluntad.

¡Cristianos que me escucháis! Oís á Jesucristo clamar que tiene sed de vuestras almas. ¿Qué hacéis que no apagáis su sed dándole vuestros corazones? Se partieron las rocas al verlo morir, ¿y no os ablandaréis vosotros? ¿Tendréis valor para darle á beber hiel de malas obras, en vez del dulce vino de las virtudes?

SEXTA PALABRA.

Consummatum est.

Todo está consumado.—JOAN. XIX, 30.

Ya todo acabó. Las profecías se han cumplido. El último tormento que faltaba á Jesús que apurar, lo ha sufrido ya al gustar la amarga hiel con que pretenden aumentar su sed. Es tiempo de llamar á la muerte, y lo anuncia Jesús exclamando: todo está consumado, *consummatum est*.

¿De qué consumación hablas, oh Hijo de Dios? ¿A quién te diriges en esta nueva sentencia que profieres desde la elevada cátedra de la cruz? Has hablado á tu Eterno Padre, al ladrón que contigo padece, á tu bendita Madre y al amado discípulo, y por último á tus perseguidores. ¿A quién te vuelves ahora que proclamas que ya todo acabó?

Esta última palabra es como el resumen de su última voluntad, como una recapitulación de cuanto ha hablado hasta ahora, y se dirige á Dios y á los hombres, á los

judíos y á los gentiles, á los discípulos y á los adversarios, á la tierra y á las potestades infernales. Ya poco antes de su amarga pasión había dicho Jesús á su Eterno Padre: he consumado la obra que me encomendaste, *opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam* (Joan XVII). Ahora lo repite de un modo más solemne, y ese cáliz que le asustaba en el huerto, después de apurarlo hasta las heces, lo muestra vacío á su Padre celeste, y le dice: Se ha hecho tu voluntad; ya no queda ni una sola gota de ese amargo brebaje. De mí está escrito, como principal capítulo en el Sagrado Volumen, que he de hacer tu voluntad santísima, *in capite Libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam* (Ps. XXXIX). La he cumplido al pié de la letra, *consummatum est*.

Se ha llenado, por fin, ese inmenso deseo que tenía Jesús, de dar la vida por nosotros; ese anhelo por padecer, que hacía que cada hora de dilación lo atormentara; esa esperanza de redimirnos en el madero de salvación, que tantas ansias le causaba.¹ Hoy por fin se ha bañado con ese bautismo de sangre por que suspiró desde que asumió nuestra carne mortal; y al ver satisfecho el afán de tantos años, se regocija desde el fondo del corazón, se felicita á sí mismo, y se dice á sí propio, saboreándose, por decirlo así, con los dulces frutos que espera recoger de su sacrificio. Al fin ya consumé la obra de la Redención para que vine á la tierra, ya se llenaron mis deseos: *Consummatum est*.

¡Ángeles del cielo! A vosotros también se vuelve Jesucristo, y os anuncia su místico matrimonio con la Igle-

¹ Cf. Prov. XIII.

sia. Desde este momento somos ya vuestros conciudadanos y hermanos, y el que tenía por única esposa á la Iglesia compuesta de espíritus bienaventurados, hoy se desposa con la Iglesia compuesta de hombres, y os anuncia su mística unión.

¡Padres, profetas, patriarcas de la antigua Ley! Acabó ya el viejo Testamento; acabaron las sombras, las figuras, los sacrificios, las ceremonias de vuestra Ley, y el Cristo predicho, el Mesías anunciado, la realidad misma, ha sucedido á todos los tipos y pasadas imágenes. Oid cómo os lo anuncia, al gritar desde el árbol de la vida: *consummatum est*. Abel, inmolado por su envidioso hermano, fué imagen de su muerte; ved ahora al verdadero Abel, que muere sacrificado á la envidia de aquellos á quienes colmó de beneficios; pero su sangre no pide venganza como la del primero, sino que lava todas las culpas y purifica á los pecadores. Cuando el diluvio cubrió la faz de la tierra, y el Señor, indignado, se arrepintió de haber creado al hombre, y resolvió reducirlo á la nada, el arca flotando en medio de las encrespadas olas, salva al justo Noé y á su afortunada familia. Olvídense esa arca, hoy que la cruz, con su preciosa carga, salva, no á ocho justos, sino á todo el género humano, de las llamas del infierno. Escóndase el arco de variados colores, testimonio de la alianza entre Dios y los hombres; tipo fué y figura de este nuevo arco iris que une al cielo con la tierra, que es, no sólo mensajero de paz y heraldo de bienandanza, sino que abre las puertas de la gloria, cerradas por la culpa de Adán. Bórrese la figura del antiguo Isaac, llevando sobre sus hombros la leña en que ha de ser sacrificado: hoy el Isaac del Nuevo Testamento, no

solo ha llevado sobre sus espaldas el instrumento de su martirio, sino que ha consumado plenamente el sacrificio. Acabaron, sí, acabaron las figuras realizadas hoy por Jesucristo: *consummatum est*. Hoy el verdadero Jacob se ha cubierto las manos, no con las pieles de un cabrito, sino con los pecados de toda la raza humana, que lava con su propia sangre. Hoy el verdadero José ha sido vendido y reducido á duro cautiverio; como el antiguo, ha salvado á su pueblo, y más que el antiguo, se ha mostrado generoso con los que lo vendieron. Todo se ha cumplido, *consummatum est*. Daniel, arrojado en el lago de los leones, fué sombra de Jesús; hoy la convierte en realidad el Redentor. El cordero inmolado en Egipto fué un misterio que lo representaba; hoy lo llena el Señor. Hoy es cuando la serpiente de bronce se eleva en realidad en el Calvario; cuando Sansón muriendo salva á Israel; cuando David arrebatada con la vida el orgullo al Goliath infernal. Con justicia, pues, exclama Cristo moribundo: todo se ha consumado, *consummatum est*.

A vosotros os lo dice, ¡oh Judíos! Hace poco, cuando Pedro desenvainando la espada quiso defenderlo, el manso Jesús contuvo su mano, porque era la hora y la potestad de las tinieblas (Luc. XXII). Esa hora ya pasó. Deja su vida Jesús cuando le place, y presto la volverá á tomar, y el que juzgabais vencido, entonará vencedor un himno de triunfo. El templo, que en vuestro furor, y sólo porque Él os lo permite, habéis demolido, será reedificado en tres días, sin que podáis impedir su reconstrucción.

Acabó tu imperio, Lucifer, acabó tu tiranía sobre los

hombres. Almas que hace siglos aguardáis en el Limbo, terminó vuestra detención. ¡Escogidos del Señor! Ya se completó el arca celeste que os ha de contener; sólo falta la puerta que en breve se abrirá en el costado de vuestro Redentor. Réprobos, vuestra condenación está consumada. Creaturas todas, cuanto pudo el Omnipotente hacer en favor vuestro, todo lo ha cumplido, y puede repetir hoy una y mil veces: ¿Qué más debí hacer por mi viña, y no lo hice, *quid ultra debui facere vineæ et non feci?* Todo, todo lo he cumplido, *consummatum est*.

No creáis, Hijos míos, que al expresarme de este modo he dejado á mi imaginación volar libremente por el campo de lo ideal. Los Padres y expositores, los Doctores y teólogos me han servido de guía, y los he seguido tan de cerca, que fuera de esta Cátedra en que la palabra de Dios y no la propia es lo que se predica, no me habría atrevido á dar como cosecha mía lo que de tantas heredades he ido recogiendo. Si queremos, empero, apegarnos todavía más á la letra del Evangelio, recorramos las profecías de la Escritura que se cumplieron en nuestro Señor Jesucristo, y que Él evidentemente repasó entonces en su memoria, como lo indican las palabras del Evangelista: *ut consummaretur Scriptura consummatum est*.

Al decir *todo se ha consumado*, es como si dijera: “¡Oh Padre! Ya he concluido la grande obra que me encomendaste, y he dado cumplimiento á cuanto de mí anunciaron los varones inspirados por nuestro Espíritu. Han terminado las setenta semanas de Daniel, he nacido de una Virgen, he experimentado todas las miserias y de-

bilidades de los hombres, y he sido llamado Hijo del hombre, siendo á la par hijo tuyo y verdadero Dios. Cuanto se ha escrito sobre el Mesías, todo se ha cumplido. Heme aquí tratado como el oprobio de los hombres y el deshecho de la plebe; heme aquí convertido en varón de dolores y conecedor de enfermedades; heme aquí con los pies y manos taladrados, y mientras se sortean los soldados mis vestiduras, me burlan y escarnecen, y me dan, por último, hiel y vinagre cuando les manifiesto mi sed. Todo estaba escrito, todo está cumplido: es tiempo ¡oh Padre! de entregar mi espíritu, y de volar á las regiones inferiores á sacar á aquellas almas que ansiosas me esperan: *Consummatum est.*"

Sí, Hijos míos, todo se ha consumado, y como dice San Cirilo de Alejandría, la perfidia judaica se ha consumado también, se ha llevado á tal grado que sería imposible pedir más vileza, más crueldad, más infamia. Todos se han cebado en el inocente Cordero: los soldados romanos que ni lo conocían, el traidor discípulo que comía á su mesa y aun en su propio plato; los Doctores de la Ley que escudriñaban las Escrituras y sabían de memoria cuanto del Mesías estaba escrito, y la plebe que nada sabía de letras, pero sí sentía sus beneficios. Los que no han podido empuñar las varas para azotarlo, ni lo han tenido bastante cerca para alcanzar su divino rostro siquiera con su saliva, han contribuido por lo menos á su muerte, hiriéndolo, como dice San Agustín, con la espada de la lengua, al gritar: crucificalo, crucificalo. ¿A qué seguir enumerando lo que habéis meditado tanto el día de hoy, y vuestra propia mente os puede sugerir?

Lo que hay de más grave, amados oyentes, es que

nosotros también hemos consumado nuestra maldad, y que nuestra culpa excede á la de los Judíos. Ellos, si hubieran conocido de veras al Rey de la Gloria, como dice San Pablo, no lo habrían crucificado. Nosotros lo conocemos, y con todo, lo hacemos diariamente padecer mayores penas que las que sufrió en el madero de infamia. Creían los Padres de los primeros siglos que la perfidia judaica había llegado de tal suerte á su colmo, que era imposible excederla, que nadie era capaz de excogitar peores maldades. ¡Oh, si hubieran vivido en nuestro siglo! La traición de Judas se repite todos los días en la sagrada mesa; la ingratitud de Pedro y la defección de los discípulos, son ya para nuestros ojos un espectáculo ordinario; y blasfemias peores que las de los sayones y el ladrón impenitente, resuenan á cada momento en nuestros oídos. Ellos sólo decían: si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz. En nuestros días hemos visto á un hombre, con reloj en mano, apostrofar á Dios con blasfema sonrisa y decirle: si existes, te doy cinco minutos para que me hieras de muerte. Sí, la maldad de este siglo perverso ha llegado á su colmo: ¡desdichados de nosotros si no la borramos con nuestras lágrimas de penitencia!

Lávala, oh Señor, con tu sangre preciosa, y dirígenos desde la cruz una mirada benévola, como aquella que convirtió á Pedro, como aquella que ablandó al Buen Ladrón.

SÉTIMA PALABRA.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
En tus manos, oh Padre, encomiendo mi espíritu.

LUC. XXIII, 46.

Aunque grandes pruebas de maravillosa robustez dió Sansón durante su vida, quedan todas eclipsadas frente á la hazaña sin igual que consumó en el momento de morir. Entonces, reuniendo todas sus fuerzas, por breve tiempo agotadas merced á su voluntario sacrificio, asió las columnas del templo, y con potencia mayor que la de un terremoto, ó de esas sustancias aterradoras que ha inventado la industria moderna, derribó la inmensa mole del gigantesco edificio, y se sepultó bajo sus ruinas juntamente con millares de Filisteos. No de otra suerte el nuevo Sansón reúne todo su vigor en los momentos de espirar, y con una voz semejante á la que hace poco emitió al quejarse del abandono de su Padre, aho-

ra de nuevo clama antes de entregar el alma sacrosanta, recomendándola al mismo Padre celestial. ¡Oh Dios inmortal, bien te reconozco! No es esa voz parecida á los débiles acentos con que los mortales, formados de tierra deleznable, decimos adiós á la vida. Ese clamor es el rugido sonoro del León de Judá, vencedor cuando se le cree vencido; que da la vida cuando parece recibir la muerte; que tiene potestad de entregar su alma y de recobrarla cuando le place. ¡Incrédulos que asistís al drama sangriento de la Pasión! ¿Hará en vosotros menos mella que en el pagano Centurión que mandaba la cohorte romana, esa voz milagrosa del moribundo Redentor? Él al oírla quedó estupefacto; él, que había combatido en cien batallas, y había presenciado la muerte de mil y mil valientes soldados, reconoció en ese grito y en esa fuerza intempestiva algo de sobrenatural y divino. Él había asistido al suplicio de innumerables crucificados, y sabía que una muerte tan lenta que era preciso casi siempre acelerar su venida rompiendo los huesos del ajusticiado, no era tiempo que llegase á libertar al Rey de los Judíos de sus tormentos, cuando todavía mostraba tanto aliento y tal robustez. Él, sin haber leído las profecías, sin haber estudiado las Escrituras, comprendió con este solo grito que Jesús se ofrecía porque tal era su voluntad, *oblatus est quia ipse voluit*, y que ni el gobernador romano, ni el mismo capitán, ni sus soldados, tendrían potestad para quitar la vida á aquel justo, si no se les confiriera de lo alto y por su propia Víctima, más poderosa que los verdugos. “Era un inocente, exclamó conmovido; era en verdad el Hijo de Dios.” ¿Cederéis la palma á aquel gentil; permitiréis que os